



LAS ESTRELLAS ERRÁTICAS Y LOS BÓLIDOS.

¿Quién no ha visto en las noches serenas de nuestro clima, en esas noches en que las estrellas fulguran con brillantísimo resplandor en la bóveda azul del cielo, sin que empañe su luz la más ligera nubecilla, un punto luminoso que parece desprenderse de la tachonada bóveda, cruza con rapidez los aires y se pierde en los remotos límites del espacio? ¿Quién, en las calurosas noches del 9 al 11 de Agosto, ó en las frías del 12 al 14 de Noviembre, no ha presenciado alguna vez en su vida lo que poéticamente hemos dado en llamar una *lluvia de estrellas*?

Nuestro pueblo meridional, que en cuanto á poesía tiene poco que envidiar á los pueblos orientales, cada vez que ve uno de esos pun-

tos luminosos que cruza el espacio, exclama lleno de convicción: *Acaba de morir una persona. ¡Dios la haya perdonado!*

Amigos míos, siento tener que destruir todas vuestras ilusiones, pues no sólo este fenómeno luminoso no indica la muerte de ninguna persona, sino que ni siquiera es producido por una estrella ni por ningún otro cuerpo que se desprenda de la bóveda celeste.

En primer lugar, el cielo no tiene bóveda: lo que vosotros llamais tal, es un espacio ilimitado; las estrellas, que la vista nos presenta como enclavadas en la techumbre de una esfera hueca, dentro de la cual se mueve la Tierra, son cuerpos completamente aislados en el espacio; más léjos de lo que alcanza nuestra

vista hay otras estrellas, que sólo pueden distinguirse con la ayuda de poderosos instrumentos de óptica, especie de enormes anteojos de larga vista, llamados *telescopios*; y no hay ninguna razón para suponer que no haya aún otras y otras, situadas á mayores distancias de las que nos permiten alcanzar nuestros instrumentos ópticos.

En segundo lugar, esos puntos que en rauda carrera surcan el espacio, dejando en pos de sí una estela luminosa, no son estrellas.

¿Qué son, pues, esos cuerpos que cada noche cruzan por las elevadas regiones del aire? ¿Qué son esos puntos brillantes que en determinadas épocas del año imitan tan perfectamente una lluvia de estrellas? ¿Son acaso restos de alguno de los numerosos globos que circulan por el espacio, globo destruido, pulverizado por algun violento choque recibido en medio de su rápida carrera? ¿Son tal vez restos de la materia de que ha sido formada la Tierra, los planetas ó los cometas, restos que, no siendo bastante voluminosos para formar un globo, vagan diseminados en fragmentos más ó menos grandes en medio del espacio? ¿Proviene, como pretende alguno, de las explosiones volcánicas de los planetas, explosiones que arrojan esos fragmentos á demasiada distancia del globo de donde proceden para que puedan vol-

ver á caer sobre su superficie?

¿Quién lo sabe? ¿Quién puede decirlo? Cualquiera de esas tres explicaciones es igualmente racional. ¿Quién es capaz de decidirse por la una mejor que por la otra?

Lo único que sabemos de un modo positivo, de una manera innegable, es que esos fragmentos, esos restos ó esas escorias volcánicas planetarias, llamadlas como queráis, existen.

¿Cómo podeis saberlo? preguntareis vosotros.

Lo sabemos porque las hemos visto y las hemos tocado.

Voy á explicarme.

¿Os habeis entretenido alguna vez en tirar piedras planas oblicuamente sobre la superficie de las aguas de un estanque? Si lo habeis hecho, habreis notado que esas piedras rebotan y se deslizan sobre el agua. Pues bien: cuando esos pequeños cuerpos que atraviesan el espacio en todas direcciones tropiezan en su carrera con las altas regiones de nuestra atmósfera, se deslizan sobre ella, lo mismo que la piedra sobre el agua. El roce de ellos con el aire desarrolla cierto calor, y este calor produce esa vivísima luz que hiere un instante nuestra vista y desaparece en seguida, porque esta luz no dura más que el tiempo que aquellos cuerpos están en contacto con la atmósfera que rodea á nuestro planeta.

Pero sucede á veces que estos cuerpos, diseminados en el espacio, pasan demasiado cerca de la superficie del planeta que habitamos, y entónces se nos aparecen como un globo encendido que deja en pos de sí un rastro de fuego, producen un fuerte estampido, que sólo puede compararse al de una descarga de cañones de grueso calibre, y caen rotos en fragmentos más ó ménos voluminosos sobre la Tierra.

En el primer caso, toman estos cuerpos el nombre de *estrellas erráticas*, y figuran las lluvias de estrellas, que tanto han ocupado la atención de los astrónomos; en el segundo caso, toman el nombre de *meteoritos*, *bólid*os ó *aerolitos*, pero éstos son de la misma naturaleza y tienen la misma procedencia que aquéllas. Pues bien: esos bólidos ó *aerolitos* son los que hemos visto y tocado, como podeis verlos y tocarlos vosotros mismos con sólo tomaros el trabajo de visitar alguno de nuestros museos de ciencias naturales.

Estas piedras, *caídas del cielo*, son de todas formas y tamaños. En 1861 se encontró una en Australia, en las inmediaciones de Melbourne, que pesaba 4.400 kilogramos, ó sea unos 110 quintales. En cambio, en la noche del 24 al 25 de Enero de 1859 cayó, á bordo de un navío americano que surcaba los mares de la India al Sur de la isla

de Java, una lluvia de aerolitos tan microscópicos que muchos centenares de ellos ocupaban apenas la superficie de un centímetro en cuadro.

No creais que haga muchos años que el estudio de los aerolitos forma parte de la astronomía. En el siglo pasado los sabios negaban rotundamente la existencia de esas piedras caídas del cielo; pero en nuestros días ha sido tan frecuente la caída de bólidos, que no han tenido más remedio que aceptarla. Una vez aceptado el hecho de la existencia de los aerolitos, todos se han dedicado con ahinco á estudiar su composicion, y ésta ha resultado ser en un todo semejante á la de las rocas de nuestro suelo.

Los aerolitos tienen generalmente un color ceniciento ó negruzco; suelen ser angulosos, con aristas más ó ménos cortantes, y tienen el mismo aspecto que las escorias volcánicas. Entre los aerolitos microscópicos, por el contrario, suele dominar la forma esférica, y su aspecto es el de pequeñas gotitas de hierro fundido.

Entre esas piedras caídas del cielo se han encontrado algunas compuestas totalmente de hierro, hierro con el que se pueden fabricar armas, utensilios y herramientas, ni más ni ménos que con el que se extrae de nuestra Tierra; otras sólo contienen indicios de este mineral,

como sucede con tantas rocas de nuestro suelo.

Si los sabios han tardado tanto tiempo en convencerse de la realidad de un hecho que con tanta frecuencia tenía lugar á la vista de todos, como es el de la caída de los bólidos, ¿qué tiene de extraño que el vulgo haya conservado durante muchos siglos, y conserve aún, la preocupacion de que la caída de esas piedras es anuncio de grandes calamidades? Y la verdad es que, como éstas abundan tanto en este mundo, no parece sino que vienen á dar la razon á sus vaticinadores.

Pero, á pesar de esto, yo espero que vosotros, mis queridos niños, despues de haber leído esta ligera noticia acerca de estos fenómenos celestes, os reireis de todos esos funestos augurios, y considerareis que las estrellas erráticas y la caída de los bólidos son cosas tan naturales como la salida y la puesta del sol, como el día y la noche, como la lluvia y el buen tiempo; en una palabra, como todos esos fenómenos naturales que diariamente se repiten á vuestra vista sin que os alarmen.

CELSE GOMIS.

LOS HIJOS Y LOS PADRES.

SONETO.

Ni arrastrada un pastor llevar podia
A una cabra infeliz que oía amante
Balar detras al hijo, que inconstante
Marchar junto á la madre no queria.

«¡Necio!» al pastor un sabio le decia:
»Al que llevas detras, ponle delante;
»Échate el hijo al hombro, y al instante
»La madre verás ir tras de la cria.»

Tal consejo el pastor creyó sencillo;
Cogió la cria y se marchó corriendo,
Llevando al animal sobre el hatillo.

La cabra sin ramal les fué siguiendo,
Mas siguiendo tan cerca al cabritillo,
Que los piés por detras le iba lamiendo.

RAMON DE CAMPOAMOR.

PERLA EN SU CONCHA (1)

Tierno capullo de encendida rosa
Que sereno y feliz descansa en ella,
Recibiendo su esencia deleitosa;
Rayo de blanca luna,
Cuya luz siempre bella
Se aplice en el cristal de la laguna;
Perfume delicado
Que violeta de Abril dulce atesora
Entre sus ténues pétalos guardado;
Tímido pajarillo

Que, en su lecho de hierbas, á la aurora
Duerme incauto y sencillo;
Vid que lenta creciendo
Se junta al olmo con estrecho abrazo...
Tal es el niño cuando está durmiendo
De su amorosa madre en el regazo.

ANTONIO ARNAO.

(1) De un libro de *Madrigales* próximo á ver la luz pública.

LA ABEJA.

SUS COSTUMBRES, TRABAJOS Y PRODUCTOS

POR LUIS ALVAREZ ALVISTUR.

(Continuacion.)

Estudiado que fué un insecto, que aún cuando todavía dentro del alvéolo se encontraba ya en completo estado de desarrollo, resultó tener fuertemente contraídos todos sus miembros, incluso las antenas. Hecho el mismo estudio en otro, en estado de ninfa, también se nos presentó contraído. Por último, verificada la misma observación en una larva, el resultado fué como los anteriores. Esto ya nos indicaba que la causa del accidente debía ser muy poderosa, y que no sólo se encontraba en la colmena, si que también en la atmósfera exterior, puesto que los *vasos* sin enjambrar no habían sufrido lo más mínimo. Sabido esto calculamos en seguida las temperaturas medias de aquel día y del anterior, obteniendo por resultado una diferencia de 4°. Verificada la misma operación en el interior del *vaso*, encontramos que aquella en las veinticuatro horas era de 7°. El higrómetro no nos acusó ninguna variación en las observaciones de uno y otro día. En vista, pues, de estas conclusiones, así como de los obstáculos que hallamos en la parte interior y junto á la piquera, cual si se hubiera querido incomunicar aquel sitio, dedujimos que dicho accidente podría

ser ocasionado, efecto de una alteración del sistema nervioso, motivada, sin duda alguna, por el cambio brusco de temperatura, no sólo en el exterior, si que también en el interior de la colmena, según dejamos dicho.

Hasta el presente no se conoce ningún remedio eficaz con que poder combatir este mal. Procúrese por todos los medios posibles evitar que se produzca.

No terminaremos con la parte que se refiere á las enfermedades de la abeja sin recomendar los mayores cuidados al practicar el último castro, pues si no se deja la cantidad suficiente para la buena alimentación de los insectos durante la época de invierno, éstos sucumbirán, ó por lo ménos sufrirán grandes tormentos (1). Lo que puede hacerse á fin de evitar en este caso la mortalidad y los padecimientos, es propinarles el jarabe Palteau del modo que ya hemos indicado.

IV.

Trabajos del insecto.

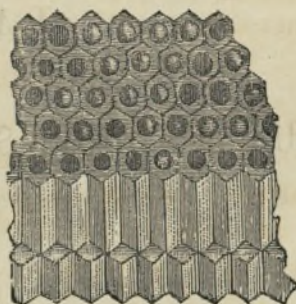
La abeja obrera es la que tiene á su cargo todos los trabajos de la

(1) En cada castro no debe extraerse más que una tercera parte de panales.

colmena. Para el mejor desempeño de éstos, organizase en grupos ó secciones, cada una de las cuales tiene distinto cometido. Estos diferentes grupos toman los nombres siguientes: grupo de *constructores*, cuyos individuos no hacen otra cosa que formar los panales; grupo de *abastecedores*, que son los que distribuyen el alimento á todos los insectos que viven en la colmena; grupo de *recolectores*, los cuales recogen el *pólen* ó polvillo fecundante que contienen los estambres de las flores; grupo de las *nodrizas*, cuya ocupacion consiste en preparar las celdas destinadas á recibir los huevos y en proporcionar la papilla con que se alimentan las larvas, segun ya hemos manifestado; y por último, el grupo de los *celadores* (1), ó sea los que limpian y ventilan la colmena. Veamos ahora de qué modo efectuan cada una de estas secciones los trabajos que les están encomendados.

La construccion de los panales, cuya obra maestra é inimitable maravilla á cuantos la ven, es para la abeja de suma facilidad. Así se comprende que en un espacio de tiempo muy limitado produzca multitud de exágonos que, por la manera como los forma, se asemejan mucho á construcciones urbanas rodeadas de calles ó vías de tránsito, sin las cuales se haria imposible la circulacion en la colmena, y por consiguiente toda clase de trabajos. Nuestro grabado da idea exacta de lo que es un panal.

(1) No encontramos otra palabra que exprese mejor las ocupaciones de este grupo.



Para dar principio á tan sorprendente obra arquitectónica, fórmasse en la parte superior del vaso (1) un grupo compuesto de 450 á 500 individuos adheridos entre sí por sus patitas, segun puede verse en el siguiente grabado. Entónces tiene lugar un hecho maravilloso, que es el asombro de todo el mundo, y que á pesar de haberse estudiado preferentemente y sin descanso por los sabios, aún ignórase cómo se produce. Fácil será comprender que nos referimos á la obtencion de la cera y de la miel.



Hay apicultores que tratan de demostrar que hasta que se forman todos los alvéolos de que ha de

(1) El trabajo de construccion de los panales siempre se ejecuta de arriba á abajo.

componerse el total de panales de una colmena, no empieza la produccion de la miel, empero esto no es exacto: observaciones detenidas nos dicen que en cuanto hay construidas un pequeño número de celdas, comienzan los constructores á llenarlas de miel. Estas construcciones no son dedicadas á una misma aplicacion: una parte destinase á almacenes, otra á la *puesta*, y el resto á panales propiamente dichos, que es lo que el hombre debe recoger.

La distribucion del alimento á todos los insectos de la colmena ya hemos dicho cómo se efectua; los pertenecientes á la seccion de recolectores cuidanse ellos mismos de alimentarse, lo cual hacen en los almacenes. Las abejas abastecedoras son las que se encargan de proveer los depósitos.

El trabajo de recoleccion es el más penoso, razon por la cual dedícanse á él á los insectos de constitucion más fuerte. La abeja recolectora, en efecto, tiene que luchar con el viento, el frio, el calor y la lluvia, y asimismo librarse de las asechanzas de que constantemente es objeto por parte de otros insectos, de los reptiles, de los animales, y, aunque parezca mentira, tambien del hombre. La abeja, como dejamos dicho en otro lugar, puede ir en busca de *pólen* hasta legua y media de distancia; pero cuando esto sucede, el trabajo de recoleccion hácese superior á sus fuerzas. El insecto toma el polvillo fecundante de la flor y lo coloca en las paletas que se ven en sus patas

posteriores, é inmediatamente vuela á la colmena. Al llegar á la piquera abandona su preciosa carga, la cual es recogida por abejas de la seccion de constructoras, quienes á su vez la entregan á otras situadas á corta distancia, y estas á otras, que son las que las traspasan á las que hacen el panal. Dichas operaciones llaman poderosamente la atencion de cuantos tienen la fortuna de observarlas. Y decimos esto, porque es difícilísimo sorprender en sus trabajos al insecto que nos ocupa; para ello es preciso una gran constancia, una paciencia á toda prueba, y sobre todo, decidida aficion á este orden de estudios.

Respecto á la manera cómo efectuan las nodrizas sus trabajos, no diremos nada, puesto que ya hemos tratado de ello al hablar de la *puesta* y de las metamorfosis del insecto.

Los celadores llevan á cabo sus trabajos valiéndose de las antenas y de las alas; con las primeras limpian cuidadosamente y con frecuencia todas las vías de comunicacion de la colmena, y agitando las alas producen un cierto aire que sirve para renovar la atmósfera del vaso, consiguiendo así una buena ventilacion. Las abejas celadores son las que barnizan las paredes de la colmena y tapan cualquier rendija que en la misma haya (1).

(Se continuará.)

(1) Las abejas, inmediatamente despues de entrar en la colmena, barnizanla interiormente con una composicion especial.



CATEDRAL DE TARRAGONA.

EL PAÍS DE LOS BUENOS MOZOS.

I.

Navegando con rumbo á Manila en el vapor *Santa Rosalia*, tuve por compañero de camarote á un sujeto que, si bien era verdad que su figura no podia ser más rara, en cambio su criterio é ilustracion nada tenian de vulgares. A consecuencia de mutuas simpatías, nos hicimos verdaderos amigos, y nuestra franqueza llegó á ser ilimitada, hasta el punto de obligarme á que visitara su país, casi desconocido aún de toda la Europa, á pesar de tantos como en estos tiempos se descubren. Accedí gustoso á su deseo, primero porque mi viaje á Manila era puramente por recreo, y lo mismo me daba llegar allí en Junio que en Diciembre, y despues por encontrarme felizmente con bastante dinero y provisto de papel y lapiceros para hacer apuntes de lo más interesante, y sacar retratos de las personas importantes de aquel envidiable país, titulado *de los buenos mozos*.

Una vez decidido, comencé mis tareas por retratar fielmente á mi buen compañero de viaje Pedro Avellana, y á quien tengo el gusto de presentaros. Con él desembarqué en Singapoore y anduvimos más de veinte dias por montes y valles,

hasta que por fin una noche entramos en su querida patria, él con su título de médico, cuya carrera habia



cursado en Lóndres, y yo con mis deseos de ver semejante tierra, y rendido de cansancio por tan largas y penosas jornadas.

Nuestro buen amigo Avellana era huérfano y sin parientes, así es que habia estado de pupilo en una de las más acreditadas hospederías de aquel delicioso país, donde le reservaban una lujosa habitacion para cuando volviese; en ella y en su compañía estuve cerca de un mes, y, á decir verdad, hecho un príncipe. Lo primero que mi amigo

hizo al llegar á aquel hotel, fué presentarme al amo ó patron, á quien yo, con mi gorra en una mano y el saco de noche en la otra, saludé afectuosamente; y tantos fueron los cumplidos y manifestaciones amistosas por su parte, que

no sabiendo ya qué hacer aquel *buen mozo*, se arrodilló, y hasta creo que intentaba besarme los piés, los cuales yo retiré, temeroso de que tambien me los comiera con su boca, más propia de un mastin que de un sér humano.



Despues, aquel buen hombre se empeñó en que viera á un hijo suyo, único sér querido que en la

tierra le habia quedado: pasamos á su cuarto, y yo no sé si por miedo á mi persona ó porque el jóven



fuera revoltosillo y amigo de meterse en todas partes, es el caso que le ví dentro de la campana de una bota de montar, asomando la cabeza y unos ojos más espantados y verdes que los de un gato enfurecido.

Le dí las buenas noches y se

calló; le pregunté cómo se llamaba y tampoco me contestó; y concluyendo por hacerse el sordo á cuanto despues le dije, me fuí con el amigo Avellana á descansar, que particularmente yo bien lo necesitaba.

(Se continuará.)

EDUARDO GUILLEN.

EL NIÑO

APUNTES CIENTÍFICOS, POR D. MANUEL TOLOSA Y LATOUR.

Hé aquí un libro de tan escaso volúmen como abundante doctrina, que debiera ser comprado, leído y meditado por todos los padres de familia. Debiera ser comprado, porque no creemos que un libro destinado á conservarse debe ser tomado á préstamo; debe ser leído, porque sobre no haber libro que no contenga algo bueno, el del doctor Tolosa encierra mucho y muy importante que aprender; y debe ser meditado, porque sus enseñanzas no revisten un interes efímero, sino permanente para las diversas edades de la vida. El jóven é inteligente profesor-médico examina como base segura de la crianza y educacion de la niñez los diversos problemas relacionados con la maternidad, el matrimonio, los albores de la existencia, el niño en la cuna, la lactancia, los palacios de la caridad,

los resplandores del espíritu, el niño en el hogar, puerilidades, el niño ciudadano, y cómo mueren los niños; y en cada uno de estos capítulos, ora se muestra fisiólogo consumado, ora poeta sentimental, ora filósofo y pensador profundo. Dotado el Sr. Tolosa de un carácter investigador y analítico, busca las causas de los males que afligen al hombre,—física y moralmente considerado,—y juzga haberlas encontrado en los mismos orígenes de la existencia; recomienda los medios más conducentes á combatir lo que lamenta, y traza un verdadero código de preceptos higiénicos y morales, que las madres se complacerán en conocer y practicar.

Otro jóven y discreto escritor, el Sr. Ortega Munilla, que firma la carta-prólogo al libro, consigna acertadamente que en él hallarán

las madres mil pensamientos de prudencia, y lágrimas de ternura, porque es obra que hace pensar y llorar, obra en que el hombre de ciencia no ha podido quitar su asiento al artista, siendo sus páginas producto de muchos anhelos filantrópicos y de muchos desvelos científicos. ¿Qué mejor elogio pue-

de hacerse del trabajo realizado por el Sr. Tolosa? El libro en cuyo anuncio me ocupo no es tampoco de los que lo necesitan para su éxito.

A fin de lograrlo, ha sabido el autor tomar el mejor camino: el del corazón de las madres.

M. OSSORIO Y BERNARD.

¡MADRE!

«¡Despierta, madre mía!
¡Madre, despierta!
Di, ¿por qué me abandonas?
¿Por qué me dejas?
¡Ay! No me quieres:
Madre mía, te has ido...
¡Pero no vuelves!

Ya en mis rubios cabellos
No pondrás flores,
Ni oiré los ecos vagos
De tus canciones.
Quiero besarte
Y dormir en tus brazos.
¿Dónde estás? ¡Madre!...

¡Pobre niña! Sus quejas
Recoge el viento;
A sus tristes gemidos
Responde el eco.
Y sólo ¡madre!
Vagamente repiten
Montes y valles.

Y llega á las cabañas
Y á los palacios,
Por su madre pregunta
Bañada en llanto;
Dicen: ¡Ha muerto!
Y un anciano responde:
¡Está en el cielo!

«Estrella, ¿cómo envidio
Que estés tan alta!

¡Tú verás á la madre
De mis entrañas!
La vida diera
Por estar á su lado,
¡Por ir con ella!

Siento que ya mi cuerpo
Pierde la vida;
¡Soy una flor sin sombra
Que se marchita!
¡No hay quien me ampare;
Estoy sola en el mundo;
No tengo madre!»

Reyes, sabios, guerreros
Y trovadores,
Gloria y amor la ofrecen
En sus canciones.
No escucha á nadie,
Y tan sólo murmura:
¡Quiero á mi madre!

Suenan lejos... muy lejos,
Gritos de fiesta,
Y la niña mirando
Siempre á la estrella,
Siempre anhelante,
¡Es tan triste... tan triste...
No tener madre!!

.....

La estrella que la niña
Siempre miraba,

Ocultóse una noche
Tras nube blanca,
Bajando un ángel
Que murmuró á su oído:
¡Ven con tu madre!

Dibujaron sus labios
Triste sonrisa;
Iluminó su rostro
Dulce alegría;
Púsose pálida...
Y en los brazos del ángel
Voló su alma.

Y allá por los espacios
Rojos y azules,

Se oye, al par que se encuentran
Dos blancas nubes:
¡Hija adorada!
Y una voz que responde:
¡¡Madre del alma!!
.....

Ya, por fin, de los cielos
Miróse cerca,
Y la region traspuso
De las estrellas.
Dios es muy grande,
¡Y al fin lleva á los hijos
Junto á sus madres!

J. DEL CASTILLO Y SORIANO.

HOSPITALES DE NIÑOS.

El distinguido profesor médico D. Ramon Félix Capdevila, en su último discurso leído ante la Real Academia de Medicina, consagró á los hospitales de niños los párrafos que vamos á reproducir, deseosos de contribuir á que se propague el conocimiento y ventajas de dichos establecimientos.

He aquí las frases de aquel profesor:

«A pesar de cuanto se ha dicho en contra de la estancia de los niños en los hospitales, es indudable que en ninguna parte pueden asistirse sus dolencias con mayores probabilidades de buen éxito. La mayor parte de las enfermedades que afligen á los niños pobres son debidas á las malas condiciones de las casas que habitan, y á la insuficiencia ó mala calidad de su alimentación. La falta de aire y de luz, el exceso de humedad y la escasez de alimentos dan por resultado modificar las condiciones de la sangre, rebajando la proporción de sus más importantes elementos, albúmina, fibrina y glóbulos, é induciendo

en el trabajo molecular, intersticial, íntimo de los tejidos, modificaciones especiales, en cuya virtud se desenvuelven enfermedades caracterizadas por la debilidad y la atonía. Tan cierto es esto como que el escrofulismo domina casi por completo la patología infantil. Por esta razón, y considerando que es imposible establecer un tratamiento apropiado contra estas dolencias sin destruir ó separar las causas que en primer término han contribuido á desarrollarlas, creo que un hospital bien administrado puede proporcionar á los niños linfáticos, escrofulosos, tuberculosos, raquíticos, medios de curación que la caridad no puede improvisar para cada uno en las mal acondicionadas casas de los pobres. Sólo un hospital puede ofrecer á estos desgraciados una estancia cómoda rodeada de parques y jardines, aire oxigenado y puro, luz solar abundante, alimentos reparadores, medicación conveniente, y multitud de medios encaminados á favorecer su desarrollo físico y su educación intelectual y moral.

Partiendo del principio de que la mayor parte de las enfermedades de los niños en la segunda infancia son de carácter crónico, los hospitales tienen la ventaja de impedir que todo el tiempo que dura la en-

fermedad sea perdido para su instruccion, pues en algunos hospitales existen, y en todos deben existir, gimnasios y escuelas; gimnasios donde se atienda al desarrollo físico; escuelas donde los niños, despues de escuchar los deberes que el hombre en sociedad tiene para con Dios, la patria y sus semejantes, puedan ejercitar sus facultades intelectuales embrionarias, mediante sistemas combinados de instruccion y recreo, que les permita adquirir poco á poco, y jugando, un caudal de conocimientos suficiente para ensanchar la esfera de su actividad intelectual.

Los críticos que han censurado, con recto propósito, los asilos en que los niños hacinados en reducidas estancias, encontraban en ellas causas productoras de variados padecimientos, no pueden menos de bendecir hoy los progresos de la ciencia, que ha logrado reunir en estos hospitales especiales el conjunto de condiciones necesarias para cumplir los fines de su instituto. Por eso la idea de la utilidad de estos asilos va generalizando por todos los países, y en Madrid se presta en estos

momentos una preferente atencion al levantado propósito de perfeccionarlos y multiplicarlos.

Una Asociacion de señoras, deseosas de mejorar en lo posible la aflictiva situacion de miles de criaturas que nacen, viven y enferman en sitios donde la caridad es impotente para luchar contra la influencia de multitud de causas morbíficas que asedian á estos desgraciados, ha recordado la importancia de la asistencia hospitalaria, y llegado á plantearla en un edificio provisional, instalado en uno de los barrios extremos de la capital. Los ventajosos resultados obtenidos en este ensayo han motivado la construccion de otro definitivo, cuyas obras se han inaugurado ya, en la parte Este de la poblacion, próxima al Parque de Madrid. De esperar es que el éxito corone los esfuerzos de esta humanitaria asociacion, cuyo propósito es reunir en un hospital modelo, todo cuanto notable ha producido la ciencia moderna para enriquecer el catálogo de los medios de tratamiento.»

EN EL ÁLBUM

DE LA SEÑORITA DOÑA S. LL. Y T.

¡Por qué quieres, no adivino,
Que yo te cante el primero,
Cuando en el mundo mezquino
Corre mi vida el postrero
Trayecto de su camino!

Tú, en cuyos ojos el día
Dejó sus rayos mejores,
¿Qué anhelas de mi poesia?
¿No ves que las secas flores
No dan perfume, hija mia?

El invierno es la postrera
Estacion ¡ay! que deshoja
Nuestra vida pasajera;
Busca tú la primavera
Para adornar esta hoja.

Tú en los albores risueños
De una edad que no se olvida,
Porque es la edad de los sueños,

Que ves los mundos pequeños
Para que halaguen tu vida;

Tú, que en el tranquilo hogar
Que alienta tu juventud
Ves tu dicha revolar
Como el Angel tutelar
Emblema de la virtud;

Tú, que cual la estrella pura
Que en noche triste y de duelo
Torrentes de luz fulgura,
Y hace de la tierra un cielo
Y del dolor la ventura.

¿Quieres que mi fantasía,
Cuya muerte en vida truecas,
Vierta en tu libro armonía?
¡Ah, no! Que las flores secas
No dan perfume, hija mia.

A. ALCALDE VALLADARES.

Marzo de 1880.

ACTUALIDADES.

La bella poesía ¡*Madre!* que insertamos en este número pertenece al precioso libro que, con el título de *Versos*, acaba de dar á la estampa nuestro querido amigo y colaborador, D. José del Castillo y Soriano.

Los locales de las nuevas escuelas de la calle de Rodas, recientemente inaugurados son espaciosos, confortables y con la conveniente luz y ventilación. En el piso bajo, y á la derecha, se encuentra la escuela para niños, con salida independiente á la calle de la Peña de Francia; en el centro un bonito jardín, á cuyo costado derecho se abren las ventanas que en el piso principal dan luz á la escuela de niñas, quedando destinada la parte baja del lado izquierdo para las clases de adultos, por la noche; y finalmente, en el fondo del mismo jardín, un espacioso y alegre local es el destinado á los párvulos.

Dos magníficos salones se encuentran divididos en vez de tabique por una hermosa estantería, cubierta por ambos lados de cristales: detrás de ellos hay un verdadero bazar de juguetes, todos útiles, todos prácticos, porque todos enseñan algo al niño al par que le entretienen.

En el primer salón, diez buenas mesas de mármol sirven para dar de comer á los párvulos, que pueden tomar alimento caliente merced á una magnífica cocina de hierro, que, rodeada de un sencillo é ingenioso mecanismo, permite servir la comida á los niños sin que corran el peligro de aproximarse al fuego. A la derecha de este primer salón hay una pieza destinada á lavarse. El depósito del agua figura una lancha: ocho remos pegados á sus costados sirven de conductos para llevar el agua á otras tantas jofainas que vierten el sobrante á un receptáculo común.

El salón destinado á la enseñanza es una espaciosa pieza perfectamente ventilada, bañada por el sol, alegre y risueña como los tiernos é inocentes seres que han de ocuparla.

Los globos de cautchuc, tan ligeros, tan caprichosos en sus movimientos, que hacen en todos los paseos las delicias de los niños, son realmente peligrosos, lo cual se explica recordando que su contenido (gas del alumbrado) forma con el aire una mezcla detonante. En prueba de ello, cita el Dr. Gavoy el hecho siguiente: «Hallábanse jugando, en el paseo, sus hijos con dos de esos globos, en tanto que el profesor citado leía y fumaba. Al pasar por junto á su cabeza uno de esos globos, se oyó una detonación violenta, y pasado el primer instante de estupor, pudo observar que se había quemado parte de su barba, pestañas, cejas y pelos, así como el tejido de su paletot hasta la trama, y que tenía un vivo escozor en los párpados, mejilla, frente, y sobre todo en la nariz, que le duró veinticuatro horas.»

El Ateneo científico y literario de Madrid, que, mediante una rifa de cuadros, logró reunir 40.000 rs. para el socorro de las provincias de Levante que más daño sufrieron en las últimas inundaciones, comisionó al Sr. Marqués de Torre Octavio para que, pasando á dichas provincias, invirtiera la cantidad en cuestión como más prudente le pareciera. El Sr. Marqués, interpretando muy acertadamente los pensamientos de sus compañeros, ha procedido á la construcción de tres escuelas en Nonduermas, Palomar y Alberca. Socorridas las necesidades del momento, no podía darse mejor destino á la suma recaudada en el Ateneo de Madrid.

Consecuentes en nuestro propósito de dar á conocer á los niños las grandes riquezas artísticas de la patria, reproducimos en este número la hermosa fachada de la catedral de Tarragona, uno de los más bellos monumentos que el estilo gótico tiene en nuestro país.

UN DIA DE NOVILLOS.



Como se ve, triunfó la tendencia de Eduardo.

El estanque está helado en algunos puntos. ¡Gran ocasion de lanzarse á la pesca! Porque es indudable que los peces acudirán al cebo en cuanto vean que se agita la superficie del agua. Joaquín, que en todo es más impaciente que sus compañeros, y acaso también más ambicioso, renuncia á esperar que los peces piquen, y opta por perseguir á los patos, lanzándose para ello sobre el hielo.

El pato, por su parte, no se muestra muy dispuesto á sufrir que le retuerzan el cuello.

FUGA DE VOCALES.

P.r. c..st.s .rr.b.
Q...r. m. b.rr.
Q.. l.s c..st.s .b.j.
Y. m. l.s s.b.

FUGA DE CONSONANTES.

.e.i.e.u. .a.i.e.e.i.e.á.a.e.e.o
a..ue.a.ia.e.io.e.e.e.i.e.o

PROBLEMAS.

¿Cómo puede sacarse una cuenta sin papel, pluma, ni lapiz, ni pizarra, y sin que la inteligencia tome parte en la operacion?

¿En qué se parecen los dentistas y los matemáticos?

¿Qué es lo primero que hace un buey al salir al sol?

Las soluciones ántes del día 12, si hemos de publicar los nombres de los niños que nos honren enviándonoslas.